

Diane Brasseur

LAS FIDELIDADES

Traducción del francés de
Mercedes Abad



Título original: *Les fidélités*

Ilustración de la cubierta: © *François Roca*

Copyright © *Allary Éditions, 2014*

Publicado por acuerdo con 2Seas Literary Agency y SalmaiaLit
Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2015

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.
Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99
www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-712-4
Depósito legal: B-22.161-2015

1ª edición, septiembre de 2015
Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdager, 1
Capellades, Barcelona

LAS FIDELIDADES

No quiero envejecer.

No quiero que me aparezcan manchas marrones en las manos, no quiero moquear sin darme cuenta, no quiero pedir a mi interlocutor que repita lo que acaba de decir mientras ahueco la mano detrás de la oreja a modo de trompetilla. No quiero olvidar el nombre de una ciudad donde he estado, no quiero tener menos erecciones, no quiero que me cedan el asiento en el autobús aunque yo lo haga y aunque le diga a mi hija que lo haga. No quiero afrontar la muerte con serenidad.

Tengo cincuenta y cuatro años y, desde hace uno, engaño a mi mujer con otra, una mujer más joven que yo, una mujer que tiene veintitrés años menos que yo.

Querría que estuvieran equivocados los que piensan: «¿Y qué? Son cosas que pasan después de diecinueve años de matrimonio.»

Los que sienten empatía conmigo porque ya han pasado por la misma situación, los que buscan una explicación psicológica.

Querría impedirles hacer el cálculo: «¿Qué edad tendrás cuando ella tenga treinta y siete?»

Querría que estuvieran equivocados los que detienen demasiado su mirada en nosotros en la calle, en el parque, en el restaurante.

Los que me dirigen una sonrisa cómplice y viril, como si fuera al volante de un buen coche. No me sorprendería recibir una palmadita amistosa en la espalda cualquier día de éstos.

¿Cómo es la amante de un hombre casado?

Es hermosa, es joven, es un poquito vulgar.

Posee un apetito sexual insaciable.

Es frágil y no confía en sí misma.

No se compromete, le conviene estar con un hombre casado.

Ahora tengo un radar y, en medio de las conversaciones, en los cafés o en el transcurso de una cena, oigo todo lo que yo mismo habría podido decir tiempo atrás.

Se ha convertido en una obsesión, todas las parejas que veo son ilícitas. Si veo a un hombre besar apasionadamente a una mujer en un avión, pienso: «No es tu mujer.» Observo a las parejas abrazarse, bien avanzada la noche, en el andén del metro. «Esos dos llevan ya demasiado rato el uno en brazos del otro como para no estar viviendo algo prohibido.»

Me imagino a sus respectivos cónyuges.

• • •

No me gusta la palabra «amante».¹ La asocio a la voz de pito de mis compañeros de clase en la escuela primaria.

Tengo una «amante», tengo un «lío». Soy «infiel».

Me lo repito mentalmente varias veces al día para convencerme. Es como si mis pensamientos fueran de otro hombre.

1. En francés, *maitresse* significa tanto «amante» como «maestra». (*N. de la t.*)

Cuando por la mañana me despierto junto a ella, lo primero que veo, sobresaliendo del edredón de color crudo, es su hombro, que asciende al ritmo de su respiración. Sigo su brazo con la mirada, el codo, el antebrazo cubierto de un fino vello rubio, la muñeca, las venas azules que surcan su mano, los dedos apoyados en el colchón.

Me aprieto contra ella, su cuerpo está caliente. Siento su espalda contra mi vientre, busco su nuca, sus cabellos me hacen cosquillas.

Oigo su respiración en el algodón de la almohada y me gusta, me gusta despertarme junto a ella y su olor. Tengo una erección.

Reconozco el olor de Alix, es una mezcla de su olor y mi deseo.

Cuando me encuentro con ella después de varios días sin vernos, lo que más me sorprende es su olor y cómo he podido vivir sin él.

He olido su cuerpo, desde los dedos de los pies hasta la raíz de los cabellos, sin dejarme ni un trozo de piel.

A veces, a lo largo del día y sin previo aviso, en un restaurante o en el trabajo, en un ascensor e incluso en Marsella, una bocanada de Alix me estalla en plena cara. Su olor me envuelve y me hace feliz porque no es un recuerdo. Puedo tocarla y cogerla entre mis brazos.

Ya he hundido la cara en uno de sus vestidos camiseros, como una jovencita ingenua y novelesca.

También he pensado en robarle una camiseta de la cesta de la ropa sucia.

Si no lo he hecho es porque, en mis circunstancias, incluso una camiseta blanca sería una complicación.

Con Alix todas las sensaciones son nuevas y familiares a la vez.

No tardé en identificar los síntomas, con regocijo: miedo, dolor de barriga, pérdida de apetito, euforia.

Camino por la calle y me parece que lo hago al ralentí, pierdo la concentración fácilmente.

En el metro, todo el mundo me parece guapo. Cualquier cosa es capaz de emocionarme, incluso esa publicidad de Air France que ponen en el cine y en la que una mujer da vueltas, con los brazos enlazados en torno al cuello de un hombre, al compás de un aria de ópera.

He vuelto a correr por las mañanas escuchando música, y mientras corro hago un sinfín de planes,

para ese día o para el futuro, y cultivo fantasías cuyo héroe soy yo.

Alix es joven y sus pechos son jóvenes y sus pezones, pequeños, y sus nalgas son jóvenes y su piel es blanca, tan blanca que a veces tengo la tonta impresión de ser el primero en tocarla, y su sexo es joven, y la piel de su sexo, fina, y su vientre es joven y su cuello es joven y sus muslos son firmes y sus rodillas lisas y todo es suave, todo, ¿tan sorprendente es desear ese cuerpo joven?

Me gusta la mancha marrón de café de su colmillo, que se rasca por la mañana pero que reaparece por la noche, y la vena azul como un collar a lo largo de sus omóplatos.

Le digo: «Me gusta tu cuerpo», porque no tengo derecho a decirle otra cosa.

Entonces repito: «Tengo ganas de ti.»

Por la mañana es cuando soy más valiente. Las buenas decisiones las tomo siempre por la mañana, pocos minutos después de que suene el despertador.

Me he levantado con sabor a ajo en la boca y los ojos secos. Muy lentamente, para no despertar a mi mujer, he salido de nuestra habitación.

Me he preparado un café y he entrado en mi despacho como algunos entran en una iglesia, para tomar una decisión.

Sentado en una silla, clavo la mirada en los puntitos de luz amarilla que dejan pasar las persianas. Fuera, las farolas chispean y ya oigo algunos coches.

A su paso, los reflejos de los faros prestan a las paredes un color inquietante.

En la mesa que tengo delante hay un libro de geografía abierto. Aquí hace los deberes mi hija cuan-

do yo no estoy. Le gusta echarse sobre los hombros mi grueso jersey gris, que está tirado en el sofá. Tiene un agujero en el codo y no lo he lavado desde hace tiempo.

«El despacho» era para que yo pasara más tiempo en Marsella. Cuando compramos la casa, mi mujer primero pensó en convertir este cuarto en una sala de juegos.

La idea de un despacho se me ocurrió a mí, pensando que podría trabajar aquí un día a la semana, el lunes, por ejemplo.

En verano es el cuarto más fresco, de modo que duermo la siesta en el sofá. Si tengo ganas de aislarme, vengo a ver una película en mi ordenador.

De vez en cuando, fumo un cigarrillo en el balcón, pero me he dejado el paquete abajo en el salón, sobre la biblioteca, al lado de mi teléfono móvil.

Debo telefonar a Alix, se lo prometí. Aún no sé lo que voy a decirle, pero tengo ganas de oír su voz aunque esté triste y enfadada conmigo.

Nos marchamos a mediodía.

Vamos a celebrar la Navidad y la Nochevieja con la familia en Nueva York, según tenemos previsto desde hace varios meses.

• • •

Detesto perderme.

Yendo en coche, no me gusta conducir sin saber adónde voy. Prefiero pararme a consultar un mapa o preguntar la dirección a alguien y hacerle repetir las indicaciones hasta estar seguro de la ruta que debo seguir.

Avanzar por el camino correcto y tomar las decisiones acertadas.

Adoptar una decisión y atenerse a ella.

¿Cuánto tiempo me queda antes de que se levanten mi mujer y mi hija?

Querría estar ya en Nueva York y contemplar la vista desde nuestra habitación del hotel.

No tener que soportar las colas en el aeropuerto, la bandeja de la comida y la aduana.

La diferencia horaria.

Me imagino allí, en el bar del hotel, en un butacón de cuero, junto al fuego de la chimenea, mientras el camarero toma el pedido con el entusiasmo de un amigo, o bien caminando por la nieve en Central Park al final de la tarde, cuando la luz declina, el frío azota las mejillas, abre el apetito y pone de buen humor.

Debo levantarme y salir de mi despacho.

Una vez que me ponga en marcha, ya no me detendré. Y quizá en Nueva York no echaré en falta a Alix.

Eso es en cierto modo lo que secretamente espero. Podríamos tomar impulso como encima de un

trampolín. Espaciar nuestros mensajes de texto y nuestros mails y telefonarnos menos. Yo me acostumbraría a no verla, ella también, y en realidad no resultará tan difícil.

En París, regresaré al hotel y la recepcionista se alegrará de verme, me dará un baño y llamaré al servicio de habitaciones. Cenaré con amigos a los que no he visto desde hace mucho tiempo, disfrutaremos de una estupenda velada, y nos preguntaremos por qué no lo hacemos más a menudo con todo el tiempo que paso en París. Les diré que vengan a visitarnos a Marsella y les enseñaré fotos de mi hija.

¿Y si en mi ausencia Alix conociera a alguien? Un hombre de treinta y cinco, cuarenta años, alguien que, tratándose de ella, seguro que valdrá la pena. O quizá un poco mayor, un hombre de cuarenta y cinco o cincuenta años, un hombre apenas más joven que yo pero que ya no se lleve bien con su mujer, que no vivan juntos, que sus hijos sean mayores, que vayan a la universidad y su mujer trabaje.

Estoy viéndolos caminar por la calle, con la mano de él sobre el hombro de Alix. Parece orgulloso de caminar junto a ella.

Es un hombre apuesto y sobre todo muy elegante. Lleva un traje gris, una camisa blanca sin corbata, un chaquetón negro y una bufanda negra alrededor del cuello.

Aunque hace frío no lleva guantes, y en el anular de su mano izquierda ya no hay alianza.

Ya sé que es el colmo, pero estoy celoso de ese hombre y querría pelearme con él. Agarrarlo por los pelos, y por su bufanda negra, y golpearle la cara contra un muro de piedra. Aplastarle la nariz de un puñetazo, sentir cómo se rompen sus huesos bajo mis falanges y, si me hago daño, tanto mejor.

Alix lo conocerá por el trabajo o en una cena en casa de amigos.

Él se sentará a un extremo de la mesa y no tardará en quedarse fascinado.

Entre conversaciones y copas de vino, cruzarán miradas y sonrisas. Al final de la velada, él le propondrá acompañarla a casa en taxi, aunque eso signifique dar un rodeo. Pedirá un coche, un Mercedes, en un número de teléfono especial pagado por su empresa, que llegará pocos minutos después de que haya colgado.

Todo es tan sencillo con él...

En los asientos traseros del taxi, por las calles de París iluminadas por las luces navideñas, la hará reír y pensará que la partida está ganada.

Esperará unos días antes de enviar un mail a su amigo común, el que organizó la cena en la que se conocieron, para pedirle el número de teléfono de Alix.

La invitará a un restaurante excelente y tendrá ganas de besarla durante toda la velada. No entenderá que una chica como ella aún esté soltera, a su edad. Sentirá incluso cierto recelo, se preguntará por qué otros hombres no han querido estar con ella y le hará muchas preguntas.

Ella no le hablará de mí, ni de mi complicada situación.

Al salir del restaurante, le propondrá «dar un paseo» y, como Alix aceptará, ambos sabrán que esa noche la pasarán juntos.

Esperará un poco antes de besarla, es tan agradable...

Mientras caminen en silencio bordeando el Sena, se le ocurrirán ideas disparatadas y se dirá: «Es ella la que no quería estar con nadie. ¡Me esperaba a mí!»

Cuando la bese, cerrará los ojos y pensará que el año empieza realmente bien, sin darse cuenta de que me lo debe en parte a mí.

No acostumbro a relacionar unos acontecimientos con otros.

Mi padre tuvo una recaída hace un año. Enseguida vino a instalarse con nosotros, a Marsella. Cuando no está en el hospital, duerme en la habitación de invitados, contigua a la nuestra. Hubo que comprar una cama adaptada y mi mujer se encargó de ello. Parece que a los repartidores les costó subirla al piso de arriba.

Mi padre se va a morir y no tiene ganas de morir. Dice: «Querría que esto durase un poco más.»

Fue mi mujer quien propuso que mi padre se instalara en casa.

Cuando yo no estoy, es decir, del lunes por la noche al viernes por la noche y, desde hace algunos meses, los fines de semana en los que me las ingenio para

quedarme con Alix en París, sé que mi padre cena a las siete con mi mujer y mi hija, sé que acompaña a mi mujer al mercado el miércoles por la mañana, sé que, si no hace mucho viento, se van a pasear por la tarde al malecón, sé que mi mujer recibe a la enfermera los lunes y los jueves y es ella quien va a la farmacia y me telefonea todas las noches para preguntarme qué tal me ha ido el día y contarme las novedades.

Antes de colgar, me envía un beso y yo uno a ella.

Mi historia con Alix y la enfermedad de mi padre ahora están unidas.

Cuando de niño me lastimaba o me sangraba la nariz, corría al cuarto de baño de mis padres para mirarme en el espejo de pie. Frente a mi reflejo, me sostenía la mirada tanto tiempo como podía mientras sangraba.

Hoy, cuando me encuentro con mi reflejo en el espejo del cuarto de baño al lavarme las manos, no me avergüenzo.

No me compadezco de mí mismo.